

# EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.



## LA EDUCACION RELIJIOSA.

Mientras que todas las naciones de Europa gemían bajo el peso de un feudalismo inquieto, la educación desatendida por las clases altas no alcanzaba apenas nunca al centro de la sociedad. Los pocos hombres que entre el ruido incesante de los combates se hallaban con fé bastante para buscar la luz de las ciencias, vestían el hábito del monje, ó acudían á beber en los claustros de los conventos la escasa instrucción que los adelantos de la época podían proporcionarles. El destino de los ambiciosos era la lucha y la gloria sonreía á los valientes: el saber, pues, era inútil en aquel estado social imperfecto y bárbaro. La reforma luterana del siglo XVI rompió la magnífica cadena de la eclesiástica gerarquía: las guerras de religión conmovieron luego el mundo y países enteros se emanciparon del yugo de las creencias católicas.

Pero si la iglesia vaciló con tan violentos ataques, no cedió por eso al movimiento enemigo; y el catolicismo, humillado en los acia-

gos días de la prision de Clemente VII, se levanta treinta años después lleno de fé y de confianza en sus fuerzas para empeñar la batalla con la reforma y asentar sobre mas sólidas bases su comprometida dominación. Así se vé al protestantismo estrellarse en los Pirineos ante la inflexible política de Felipe II, volver naciones luteranas á la comunión de Roma, y ganar por medio de las misiones de los Jesuitas en Oriente multitud de nuevos prosélitos el antiguo catolicismo.

El concilio de Trento iba á disolverse, y el poder papal quería que esta gran representación de la iglesia esplicase y consignase en términos espresos el dogma católico, reformando con mesura y prudencia la disciplina eclesiástica. Para responder á esta provocación estendieron los prelados su vista por la superficie de Europa: abandonando las ideas anti-romanas que al principio los inflamaban, proclamaron al papa jefe de la disciplina, intérprete supremo de los cánones; y estendiendo el círculo de sus prerrogativas, volvieron á situar en Roma el faro de salvación para el catolicismo renovado. Pio V

ocupaba entonces la cátedra de San Pedro: con energía austera comenzó la reforma del clero secular, introdujo la disciplina en los relajados conventos, y levantando la embotada espada de la excomunión religiosa, dejó al morir á las potencias católicas humildes ante su trono, sometidas á los mandatos de su omnipotente autoridad. Pero su gran obra fué el arreglo de la educacion eclesiástica: prescripciones sencillas, reglas uniformes y severas volvieron á dar vida á la desmayada organizacion del sacerdocio, y levantando escuelas en todos los paises, atraieron á la juventud seglar, ansiosa de tomar parte en el movimiento asombroso de su época.

Fuerza y vigor dió á Roma esta conducta: la lucha contra la reforma se sistematizó, y la invasion se detuvo ante la poderosa unidad del catolicismo resucitado. Pero de nada hubiesen servido sus esfuerzos, sin el instrumento admirable que, como poderosa palanca, removió el mundo por medio de su influencia moral. Entre los elementos gastados del poder pontificio, entre las ruinosas instituciones de remotos tiempos, crecía una sociedad joven, llena de fé y de entusiasmo, sedienta de ambicion y de gloria. Su fundador Ignacio de Loyola, en los sueños magníficos de su ardiente juventud, meditaba solo restaurar las hazañas de los paladines que fueron á la tierra santa á libertar el

sepulcro de Cristo; y sin embargo por una de esas reacciones misteriosas, incomprensibles para la vista limitada del hombre, él y sus bellicosos compañeros dieron al mundo en vez de un escuadron de cruzados una sociedad de sacerdotes, de maestros, de hombres instruidos en las mas minuciosas necesidades de la vida positiva. El jóven guerrero salvó la iglesia con su admirable institucion: á los pocos años la Compañía de Jesus fué el pilar que sostuvo el edificio religioso, porque ella, hija del siglo, comprendia bien al siglo y al mundo; porque ella supo asentar su imperio en las conciencias, teniendo por campo de batalla las escuelas, por armas las doctrinas que difundian.

Como por encanto se estendió por Europa la naciente congregacion: su desarrollo fué rápido pero ordenado, porque tenia el porvenir y la conciencia de su fuerza. Un método severo y racional, una disciplina inviolable eran los ejes de aquella poderosa institucion eclesiástica: su marcha siempre progresiva asombró al mundo y espantó á la reforma: el año 1550 los miembros de la naciente Compañía estaban esparcidos, sin establecimiento alguno, en Alemania: diez años despues ocupaban casi todo el pais, fundando universidades y escuelas que paralizaban la influencia de las ciudades reformadas. Es incalculable lo que ha hecho la sociedad de Jesus mientras que la restauracion del ca-



tolicismo la ha necesitado: es imposible hallar en congregacion alguna mas actividad, mas eficacia, mas fuerza. Sus seminarios, sus establecimientos de instruccion regeneraron el clero y derramaron en la mente de las nuevas generaciones el perdido gérmen del espíritu religioso, el decaído respeto hacia la potestad eclesiástica.—Hemos hablado en otro artículo de su influencia en la educacion española y del vacío real que dejó su espulsion de nuestro suelo: sin embargo su caída fué inevitable, porque faltaba ya la idea madre que la creó y que la sostenia; porque aquella admirable organizacion, aquella incansable actividad enderezadas al principio hacia el esclusivo fin de la restauracion católica, cumplido su objeto, tendian á satisfacerse en intereses mundanos, usurpando las prerogativas de la autoridad temporal: la compañía de Jesus era en sus últimos tiempos una sociedad eclesiástica perfectamente organizada que embarazaba y espantaba á un tiempo á la sociedad civil.

Su desaparicion repentina de los estados europeos, y los intereses que en ellos dejó suscitan una cuestion de solucion difícil. ¿Es conveniente el profesorado en manos eclesiásticas? ¿Debe confiar el gobierno la educacion de sus súbditos á los ministros de la religion? En nuestro entender, la instruccion secundaria debe ser la de los colegios seculares, y de los establecimientos pú-

blicos; pero es útil y hasta cierto punto necesario colocar la instruccion primaria bajo el amparo sacerdotal. Las preocupaciones filosóficas del siglo pasado, de que hemos participado todos mas ó menos, van desapareciendo del mundo dejando en claro verdades importantes. No son ya las doctrinas del *Emilio* las que pueden presidir á la educacion de la juventud: la enseñanza debe ser desde luego religiosa como debe ser doméstica y política, porque la religion es la primera de las barreras, como es tambien el gran lazo que une y consagra á la vez la familia con el Estado. J. J. Rousseau no queria que su educando supiese á quince años que habia Dios porque, segun su opinion, un niño no podia concebir la idea de lo que no cae inmediatamente bajo la accion de sus sentidos: en este caso el filósofo del siglo pasado confundía las imágenes con las ideas, haciendo admitir su error entre sus contemporáneos y creando un sistema de educacion en tan deleznales cimientos. Rousseau creia que, si el alma y Dios existen realmente, un niño tendria una idea innata de estos dos grandes objetos, recibiendo el conocimiento por la inspiracion, sin comunicacion alguna de parte de sus semejantes: evidente es su equivocacion, porque es ley constante de la sociedad que se recibe la existencia fisica por la generacion y la existencia moral por la palabra. Estos errores han sido

funestos para la humanidad. La educacion cristiana aprovecha la impresion de los efectos exteriores sobre una imaginacion infantil para subir hasta la gran causa, para hacer ver en el universo fisico la accion de una voluntad omnipotente. La educacion filosófica enseña tambien á distinguir los efectos pero no alcanza mas allá: estériles nomenclaturas que agovian la memoria, pobres conocimientos inútiles ó embarazosos son los vanos frutos que obstruyen, bajo su tutela, las facultades de la infancia.

El axioma tan sabido de la enseñanza de nuestros padres es un axioma de la mas alta filosofia: el temor de Dios es el principio de la sabiduría humana: Dios es el eje del mundo de la inteligencia y el contrapeso eterno de las pasiones del individuo: fuera de Dios no puede concebirse el poder ni el deber que es consecuencia suya: el hombre á nada está obligado respecto al hombre: Dios los une y sin él no es posible la sociedad. Así la enseñanza que no se apoye en la religion, como fuente de la eterna moral será una enseñanza estéril que desorganizará el mundo. Ninguna garantía ofrece la asociacion humana cuando la regla única es el temor á la ley: cuando la virtud se considera como una conveniencia y nada mas, la virtud no existe; la justicia por egoismo no es justicia; la bondad por cálculo no es bondad. Las grandes cualidades tie-

nen mas alto origen: las virtudes sociales son pasajeras é infructíferas sino se apoyan en los principios eternos de la moral evangélica. La educacion religiosa es por tanto necesaria en los primeros años de la niñez; es la mas sólida base de la enseñanza profana, y su administracion es mas fácil, mas natural, mas sencilla en mano de los hombres á quienes los votos y el destino de su vida señalan por campo el cuidado de la religion. Su obligacion es la de guardar y transmitir el sagrado depósito que á su cargo tienen: los deberes de su profesion les prescriben la paciencia tan necesaria en el profesorado; y la veneracion que acompaña al sacerdocio les aseguran la sumision y el respeto. Jamás podrá conseguir un gobierno que la instruccion primaria esté bien administrada en las aldeas donde el estipendio no puede recompensar las fatigas del preceptor, ni los maestros de escuela obtendrán jamás la confianza que acompaña á los ministros del culto.

La moral y la religion no adquieren influencia sobre el hombre sino en los primeros años de su vida: los principios que no entraron en el corazon del niño no hallarán cabida en el alma sino por medio del arrepentimiento y á espiacion. El estado tiene un interés directo en que la instruccion primaria esté concienzudamente administrada para que la enseñanza secundaria germine en ter-



reno sano y preparado en tiempo oportuno: la educacion profana solo puede producir buen efecto cuando las semillas religiosas y los conocimientos sencillos de la moral han dejado un fondo de tendencias saludables en el corazon de la juventud.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

### AMENA LITERATURA.

#### EL ENSUEÑO DE JUAN PABLO.

Con este título es conocida en la literatura alemana una de las mas raras creaciones de la imaginacion. Juan Pablo Richter, fué uno de esos poetas contemplativos y misántropos que, como Hoffmann, buscaba sus inspiraciones en su misma alma, en el fondo de su exagerada fantasia. Creyendo de buena fé en un mundo de espiritas que la casualidad ó la exaltacion ponía en contacto con el mundo material, mirando unidos por una cadena invisible para el vulgo, todos los objetos con que poblaba la tradicion el cielo, la tierra y los infernos, el escritor aleman vertía sus originales aunque filosóficos pensamientos en formas estravagantes á veces, pero que siempre hablan á la imaginacion de los lectores. Richter, aunque de semejante y raro en el género que cultivó, tiene muchos puntos de analogia con Hoffmann y con Tieck. Todo es fantástico en sus creaciones: los objetos de la vida material vienen solo para poner en relieve y dibujar mas sensiblemente las nebulosas creaciones de la fantasia. Y no es dudosa para nosotros la grandeza de estas concepciones que las almas ligeras califican de pueriles: en el fondo

de ellas hay verdad, y verdad que tiene una significacion para todo el que ha estudiado en el silencio de la soledad, en el recojimiento de la pena, ó en la distraccion de los males físicos, esos acentos que no son las quejas de la materia, ese lenguaje interior, indistinto, indefinido, pero que levanta al alma de las creaciones terrestres para arrastrarla á un mundo que no conoce.

En las estravagantes visiones del sueño, en esas visiones que nos dejan solamente un recuerdo confuso de tormentos imaginarios de placeres sin fórmula ni espresion ¿no se encuentra alguna agitacion, vaga y dulce unas veces terrible y angustiosa otras? Esta agitacion no puede ser la agitacion del cuerpo inerte y descansado: el mundo en que vivimos ha desaparecido en las tinieblas de la noche: tal vez ninguna imagen de persona conocida nos aparece en el sueño, y sin embargo ¡que estravagantes combinaciones forma el alma, despierta cuando la materia duerme, con todos los objetos de la existencia real, con todas las creencias arrinconadas en la memoria, con todos los recuerdos, con todas las distracciones de otros dias! Todo el que se ha magnetizado una vez conserva, como melancólico agüero, el recuerdo indistinto, confuso de angustias y placeres que ni aun imaginar pudo en las mas acaloradas meditaciones. Todo el que, por gusto ó por necesidad ha acudido como remedio al opio, ha sufrido un vértigo de visiones y pensamientos que, sin quitarle la conciencia de su vida, de su situacion real, lo ha arrastrado á rejiones fantásticas que han agoviado su débil imaginacion, teniéndola en suspenso siempre entre los nebulosos confines de dos mundos diferentes. Hay pues, dentro de nosotros algo independiente de las influencias de la materia: hay algo que tiene una existencia propia, distinta, que llámese alma inmortal, ó espíritu ó ajente, no puede ser desconocido ni aun para el materialista mas exajerado.

El género fantástico, racional, no el género postizo que han pretendido aclimatar los franceses en Europa, sino el profundo juicio de los escritores alemanes, consiste en dar cuerpo, en hacer sensibles estas vicisitudes de la vida del alma, cuando el sueño, el magnetismo ó cualquiera exaltacion nerviosa rompen por un momento esta incomprensible cadena que une á la materia con el espíritu en lazo estrecho y pasajero. Considerado así, no hay en este género cuestion de moda ni capricho; hablará siempre á la imaginacion de los lectores si el ingenio y la meditacion lo explotan: en manos de las medianías, puede producir facilmente efectos ridiculos: conmovier en este campo es muy difícil por cierto, pero hay gloria para el que supere los obstáculos que á cada paso se presentan. Pocos ensayos se han hecho hasta ahora en España: tal vez nuestra fantasia ocupada siempre con las escenas de la vida material, con los placeres y los estímulos de la lozana naturaleza, del ardiente sol de los climas meridionales esté menos dispuesta á la concentracion y á la reflexion íntima que la mente de los pueblos del Norte cuyo cielo encapotado, cuyos campos cubiertos de nieve, cuya atmósfera nebulosa no envidian ni distraen el alma con los placeres materiales, con los goces de los sentidos. Sin embargo en España, como en todas partes hay tradiciones y consejas; hay cuentos absurdos que chocan con la razon: la fantasia desatentada y ciega adivina alguna vez; y en circunstancias dadas la imaginacion es señora del mundo.

Hé aquí la fantástica composicion del escritor alemán.

## EL ENSUEÑO.

«El objeto de esta ficcion, dice el mismo Juan Pablo, escusará su atrevimiento. Si alguna vez estuviese tan seco,

fuese tan infeliz mi corazon, que todos los sentimientos que afirman la existencia de Dios desapareciesen de él, volveria á leer estas páginas: vacilaria ciertamente, y su lectura me devolveria la salud y la fé.

—  
Cuando nos cuentan, siendo niños, que hácia media noche, en la hora que aprovecha el sueño para avasallar nuestra alma, se hacen mas siniestros los ensueños, se levantan los muertos, é imitan en las iglesias solitarias las piadosas costumbres de los vivos, la muerte nos asusta á causa de los muertos. Cuando se acerca la obscuridad, apartamos nuestras miradas de la iglesia y de sus negros vidrios: los terrores de la infancia, mucho mas que sus placeres, recobran alas para revolotear en torno nuestro, mientras dura la ligera noche del alma adormecida. ¡Ah! no apagueis estas centellas; dejadnos nuestros ensueños, aun los mas sombríos: siempre son mas dulces que nuestra existencia actual, pues nos remontan á la edad dichosa en que el rio de la vida refleja en sus ondas el resplandor del cielo.

Habíame acostado una tarde de verano en la cumbre de una colina; quedéme dormido y soñé que me despertaba en medio de la noche en un cementerio. El reloj daba las once. Todas las tumbas estaban entreabiertas, y las puertas de hierro de la iglesia, agitadas por un mano invisible, se abrian y se cerraban con espantoso estrépito. Veia pasar en las paredes sombras que no estaban formadas por cuerpo alguno: otras sombras lívidas se levantaban en los aires, y los niños solos reposaban aun en los atahudes. Estendíase en el cielo como una nube cenicienta, pesada, ahogadora que una fantasma gigantesca, doblaba y apretaba en anchos pliegues. Encima de mí, oía la caída lejana de los tímpanos de hielo, y bajo mis pasos la primer conmocion de un terremoto. Vacilaba toda la iglesia, y el aire estaba agitado por sonidos horro-



rosos que procuraban acompañarse en vano. Algunos pálidos relámpagos arrojaban luz sombría. El mismo terror me inclinó á buscar asilo en el templo: dos basiliscos centelleantes estaban situados ante sus puertas tremebundas.

Yo me adelanté entre la turba de sombras desconocidas en las cuales estaba impreso el sello de los antiguos siglos: todas estas sombras se agolpaban al rededor del despojado altar, y sus pechos solos respiraban y se agitaban con violencia: únicamente un muerto que estaba, hacia poco, enterrado en la iglesia, reposaba en su sudario: aun no tenía latidos su seno, y un ensueño venturoso hacia sonreír su semblante: pero al acercarse un vivo, se despertó, dejó de sonreír, abrió con penoso esfuerzo sus entumecidos párpados; el sitio de su corazón estaba vacío, y en el de sus ojos no había mas que una herida profunda; levantó sus manos, las cruzó para orar; pero sus brazos se alargaron, se desunieron del cuerpo y las manos juntas cayeron en tierra.

En lo alto de la bóveda de la iglesia estaba el reloj de la eternidad: no se veía en él ni números ni horario, pero una mano negra andaba al rededor con lentitud y los muertos se esforzaban por leer allí el tiempo.

Bajó entonces del cielo sobre el altar una figura radiante, noble, elevada que llevaba el sello de un dolor inmortal: los muertos gritaron «¡Oh Cristo! ¿no hay Dios?» El respondió «No lo hay» Todas las sombras empezaron á temblar violentamente y Cristo continuó. «Me he levantado encima de los mundos y del sol y allí no hay Dios: he bajado hasta los últimos confines del universo y he clamado—Padre ¿dónde estás?—Pero solo sonaba la lluvia que caía gota á gota en el abismo y solamente el eco de la tempestad eterna desenfundada, que naciente rige me ha respondido: levantando luego mis miradas hacia la bóveda de los cielos, no he hallado allí mas que una órbita vacía y sin fondo. La Eternidad

reposaba sobre el Caos, y lo roía y se devoraba lentamente á sí misma. Redobladas vuestras quejas amargas y desoladoras: que los agudos gritos dispersen las sombras, pues ya está visto».

Las sombras desconsoladas se desvanecieron como el vapor blanquecino que el frío condensó: pronto estuvo la iglesia desierta; pero de repente, ¡horroroso espectáculo! los niños muertos que se habían despertado á su vez en el cementerio acudieron y se prosternaron ante la majestuosa figura que estaba en el altar y dijeron: «Jesús, no tenemos padre?»—y Jesús respondió con un torrente de lágrimas—«Todos somos huérfanos, yo y vosotros: ¿no tenemos padre?» A estas palabras sepultáronse en un abismo los niños y el templo; y todo el edificio del mundo se desmoronó en su inmensidad ante mis espantados ojos.

FELIX ESPÍNOLA.

## LA HIJA DE UN PINTOR.

### I.

Hacia ya dos años, que viajaba, recorriendo todos los estados de Europa notables en aquella época, y por lo tanto dignos de ser visitados, un mancebo de gallarda presencia, y que escasamente contaría unos cuatro lustros de edad.—Ginete sobre un hermoso caballo, y ricamente vestido, daba muestras de pertenecer á alguna familia ilustre por su cuna ó cuando meos por sus riquezas.—En sus marchas de un punto á otro, era seguido de una pequeña comitiva de cuatro ó cinco criados que recibían sus órdenes por medio de un personaje que siempre le acompañaba, ya entrado, aunque no mucho, en edad, de aspecto respetable, y que por su continente, traje y modales parecía pertenecer también á una clase rica y



BIENOTECOA MUNICIPAL  
MADRID



distinguida—Sin la respetuosa distancia á que se colocaba del jóven, y sin las atenciones que con él guardaba, á primera vista cualquiera lo hubiera creído, deudo, padre, ó cuando menos preceptor suyo; pero nada de esto era, puesto que el mancebo le dictaba con cierta aspereza órdenes que eran cumplidas, no solo con prontitud, sino hasta con señales de sumision y respeto. Con todo de vez en cuando, esta persona tan respetuosa y subordinada por lo comun, osaba contradecir al impetuoso jóven, y oponerse abiertamente á su voluntad, señalando las ciudades á donde se habian de dirigir, con preferencia á las que su señor deseaba visitar, y en otras ocasiones fijando y limitando el tiempo de su permanencia en cada una de ellas. Seria difícil explicar porqué ejercia este influjo, pues el mismo D. Juan, que así se llamaba el mancebo, no lo sabia, ni D. Luis tampoco le dió nunca otras razones para disuadirlo de sus empresas, que las generales de que así convenia para su bienestar y próspera fortuna.

Aunque D. Juan tenia cuantas dotes y circunstancias se necesitan para constituir la felicidad, en esa edad de la vida, en que todo se ve risueño y que tan propia es para los placeres, con todo habia pintada de continuo en su rostro una espresion vaga y melancólica, que denotaba bien la intranquilidad de su espíritu, y el vacío que en su corazon dejaban los goces á que tan habituado estaba, y que su gallarda presencia, ricos trages, y mucho oro con tanta frecuencia le habian proporcionado en el curso de sus viages. Habia ya recorrido toda la Alemania, y visitado la capital, y principales ciudades de Francia, cuando se dirigió á Italia, deseoso de admirar las preciosidades artísticas que encierra y á las que en extremo era aficionado, aunque bien resuelto á no abandonar aquel pais por las causas que le habian obligado á alejarse de otros que anteriormente habia recorrido,

y contra su voluntad y cediendo á las instancias é influjo de D. Luis, abandonado cuando menos lo queria y mas atractivos le presentaran. — Con efecto don Juan se veia rodeado de placeres como por encanto, y aun se le habian permitido los galanteos y amorios á que era tan inclinado, y tan propios de su edad; pero no bien habia fijado sus ojos en una de aquellas mugeres que por su nacimiento, educacion y gracias hubieran sido capaces de subyugar su corazon y hacerle sentir las delicias y encantos de un verdadero amor, cuando habia sido forzado á abandonarla, y con pretexto de continuar sus viages alejado muchas leguas del paraje donde la habia conocido. — Por fortuna hasta aquella época ninguna cautivó su corazon hasta el punto de hacerlo rebelde á los consejos, ó mas bien mandatos que D. Luis le imponia, así que la hermosa perspectiva de la Italia le hizo olvidar bien pronto las delicias de la Francia donde habia vivido tres meses, y de las que se habia separado con pesar y disgusto.

Era una tarde de Otoño lluviosa y fria cuando en las inmediaciones de Nápoles fué asaltado D. Juan y su comitiva por una banda de salteadores, que juzgando sus riquezas por las que denotaba su traje, cayeron sobre él, como un buitre sobre su presa, y despues de haberlo rodeado le intimaron se apease de su caballo y rindiese las armas de que iba cubierto.—D. Juan despreciando el número de los salteadores y confiado en su valor y en el de los hombres que le servian no dudó en empeñar un obstinado combate para librarse del peligro que le amenazaba.—El mayor número que estaba de parte de los salteadores tubo al fin que abandonar la presa, y el campo á D. Juan y los suyos, pero no sin que este hubiese recibido antes algunas heridas que le imposibilitaron continuar su camino.—A poca distancia del teatro de esta escena descollaba en la falda de un



monte una casita en la que D. Luis pidió la hospitalidad por algunos días para su señor, joven de inmensa fortuna, según dijo, á los que parecían dueños de aquel albergue, y que tan gustosamente accedieron á la demanda que se les hacía.—D. Juan recibió allí todas las atenciones y cuidados de que un hijo puede disfrutar en la casa de sus padres, hasta que ya convaleciente, pudo, después de haber tributado las mas justas y expresivas gracias á sus hospitalarios patrones, dirigirse á la hermosa Nápoles, la mas bella de las ciudades de Italia, y que con razón habia sido hasta entonces el objeto de sus deseos y afanes.

## II.

Habian pasado dos meses cuando Don Juan después de haber dejado en Nápoles á D. Luis y demas personas que formaban su acompañamiento, se hallaba establecido en la quinta donde la necesidad y sus heridas le habian hecho aceptar una hospitalidad tan desinteresada como completa. Pedro de Benabuti, napolitano, y célebre pintor de aquella época, era el que en compañía de Leonor, su hija única, la habitaba.—La bellísima posición en que estaba colocada la hacia el sitio mas apropiado para el taller de un artista, que estudia la naturaleza, y que gusta de admirarla en toda la plenitud de su belleza. Situada en la falda de una montaña, desde lo interior de las habitaciones, y al través de sus anchas ventanas se descubrían las riberas donde Nápoles está construida bañada por un mar, que aunque de un aspecto menos grandioso y salvaje que el Oceano, es con todo mucho mas bello y apacible.—Aquel mar es un lago que adelanta sus olas voluptuosas hacia lo interior de la dulce Champaña, y forma una curva de 50 millas de estension.

El Vesubio que desde allí se descubria, con su cima cubierta de nieve, su falda pardusca y calcinada con la ar-

diente lava de las irrupciones, y su base tapizada de una vegetacion rival de la del Medio-día, el monte Polisipo labrado opuesto y lleno de verdura, un cielo en fin trasparente y engalanado de esas tintas azules que son el alma de los paisajes y la desesperacion de los pintores, era lo que formaba el magnífico panorama donde Benabuti estudiaba la naturaleza.—Viudo de una muger á quien habia amado mucho, hacia algunos años que se habia retirado á aquella heredad suya, entregado al estudio de su arte y á la educacion de Leonor que formaba todas sus delicias. Esta niña encantadora que apenas habia cumplido los diez y ocho años, jamás se habia separado del lado de su padre, y nunca habia tampoco abandonado su retiro.—Su corazon virginal y purísimo podia muy bien compararse á esas rosas fragantes y aromaticas de los campos, cuando todavia no han salido de sus estrechos capullos. D. Juan era ahora el que la acompañaba en la soledad de su quinta. Aficionado en extremo á las bellas artes, habia suplicado á Benabuti le diese algunas lecciones, y aun le habia encomendado algunos cuadros de gran valor, cuyo importe habia ya satisfecho.—Con estos pretestos pasaba las horas al lado de Leonor á quien amaba tiernamente, cual nunca habia amado á ninguna.—Leonor por su parte no habia sido insensible á los atractivos del nuevo discípulo de su padre; no solo lo amaba sino que se lo habia confesado muchas veces.—D. Luis se apercibió bien pronto de la reciente pasion de su pupilo, y cual siempre hizo los mayores esfuerzos para separarlo del lugar donde la habia concebido, aunque esta vez fueron inútiles.—D. Juan se negó absolutamente á seguir sus consejos. No me separaré, le dijo, del lado de Leonor, ni por mas tiempo daré oidos á esas promesas y amenazas que me haceis en nombre de personas que me son desconocidas, y que vos os complacéis en



envolver en las sombras del mas profundo misterio.—Yo no tengo padres, ni familia; Leonor me ama, y en adelante la familia de Benebuti será la mia.—

No hareis tal, si os estimais, y en algo apreciáis la quietud de ese buen pintor. No teneis padres es verdad; tampoco conoceis á vuestros protectores. Con todo bátaos saber que existen, y tocar los beneficios que os dispensan y con que os colman, para que los respeteis, para que cual un deber sagrado les debais obediencia.

Es cierto, dijo D. Juan, que hay en el mundo una persona rica y poderosa que me proporciona mas oro del que necesito; pero ¿á qué quiero yo esas riquezas si no soy dueño de disfrutarlas como quiero, y si las he de comprar á costa de mi libertad?—Con todo D. Juan, no sois libre para emanciparos del lazo que os une á vuestros protectores.—Si quisiérais desobedecerlos, ellos tienen demasiado poder para haceros sentir vuestra falta y obligaros á cumplir sus mandatos.

Bien, dijo D. Juan enfurecido, en ese caso, por fuerza tendré que conocerlos, sabré quienes son, y bajo qué títulos ejercen conmigo tan onerosos derechos.

Despues de esta conversacion don Juan voló, envuelto en mil siniestras reflexiones al lado de Leonor, para allí calmar con su presencia las tempestades de su espíritu.

Estás triste, le dijo esta; quizá la soledad no te agrada, si mi amor no basta para endulzarla, eres libre; puedes alejarte de nosotros; es verdad que mi padre no ha podido concluir todavia los cuadros que tan generosamente le has satisfecho: pero si es esto solo lo que te detiene, él te devolverá el dinero, ó luego que los concluya los pondrá donde tú le mandes.

Si, estoy triste, Leonor, tú penetras hasta mi corazon, y por esta vez has conocido la naturaleza de los sentimien-

tos que le ajitan, pero te engañas, querida mia, continuó D. Juan, te engañas si piensas que la soledad que tan envidiable hace tu amor y tu presencia es la causa de mis penas.—Yo tengo dolores y atroces disgustos, y lo peor es que no sé quien me los causa.

Yo si losé, D. Juan.—Ese Don Luis es la causa de ellos—siempre que viene habla contigo en secreto, y despues te quedas triste, y pensativo.—Te basta verlo venir para perder la alegría—Qué lazos son los que te unen á ese hombre? muchas veces he pensado yo enesto—quiza D. Juan, me he dicho, á mi misma, no es un huérfano desgraciado como nos ha dicho—El fausto que te rodeaba cuando viniste aqui por la vez primera, y de que despues te has despojado voluntariamente por vivir con nosotros, las sumas de que puedes disponer, el influjo que ese hombre ejerce sobre ti, todo me indica que perteneces á una clase mas poderosa y elevada que la que aparentas—En este caso nuestra union no seria facil—yo conozco bien el siglo en que vivimos y la hija de un pintor no puede aspirar á la mano de un gran caballero sin deshonrarlo.—Querida mia, dijo D. Juan, tu puedes aspirar á la mano de un príncipe porque eres la mas bella de las mujeres y porque tu corazon es el asiento de la inocencia y de todas las virtudes—Confieso que son justos los celos que acabas de manifestarme, y mi mayor tormento, es no poder disiparlos.—No te he engañado cuando te dije que era un desgraciado huérfano. Es verdad porque no tengo padres, pero nunca conocí los míos, ni menos sé su nombre ni calidad.—Me he criado en Alemania en una casa opulenta, y hace dos años que ando viajando acompañado de D. Luis; por su mano recibo cuanto oro necesito, y no hay capricho por pueril y costoso que sea, que yo no pueda satisfacer.—Pero nunca he podido arrancarle un secreto que sin duda D. Luis posee.—De cuando en cuando recibo órdenes que que no sé de quien vienen



ni quien me las dicta para pasar de un país á otro; hasta aquí las he cumplido porque todos los pueblos del mundo me han sido indiferentes, en ninguno de ellos tenía á quien amar ni quien me amase; pero hoy tu has fijado mi suerte, y ya nunca dejaré la Italia.—Me enlazaré contigo, y si ese protector desconocido me niega en adelante por esto sus favores sea en buen hora.—Para nada necesitamos esas cantidades inmensas de oro.—Gracias á Dios mis manos saben manejar un pincel y ellas me pueden proporcionar lo que necesitamos para vivir ignorados y felices.—¿Es verdad, Leonor, que tu no necesitas para amarme y ser mi esposa saber mi nombre? ¿Es verdad que tú aprecias á este huérfano espósito, que te adora tanto como si fuera heredero de la corona y nombre de un gran rey?

Si, D. Juan, dijo Leonor: y ojalá que nunca se descubra el secreto de tu nacimiento si solo ha de servir para separarnos.—Sin duda eres hijo de un hombre muy rico, pero de lo que me has contado, no se deduce que hayas nacido en una cuna superior á la mía.—Así que nada hay que se oponga á nuestro enlace.—Has hecho bien en confiarme tu secreto, él servirá para tranquilizar á mi padre, y no por él tengo yo de amarte menos.

*(La conclusion en el número siguiente.)*

FULGENCIO BENITEZ.

## CANTOS DEL TROVADOR, POR DON JOSE ZORRILLA.

Conocido ya ventajosamente en el mundo literario por sus publicaciones anteriores, con una de las primeras y mejor ganadas reputaciones poéticas, ha emprendido el Sr. Zorrilla una obra que ciertamente ha de acrecentar su fama.

La historia de nuestro país presenta á cada paso tradiciones históricas del mayor interés: las leyendas suceden á las leyendas en el variado panorama de una nación dividida en mil fracciones de distintos hábitos y diferentes costumbres. La dominación de los godos, el imperio de los árabes dan una fisonomía particular á la antigüedad española: las continuas aventuras, los novelescos hechos de dos razas enemigas que se disputan el territorio, el perpetuo antagonismo de dos religiones que combaten sin cuartel porque no puede haberlo en las creencias, esta lucha sangrienta de siete siglos dan un colorido especial á las épocas en que toda España era campo de batalla ó arsenal para ayudar á la espulsion de los invasores. En ningún país ha tenido mas fuerza el clero ni ha echado mas hondas raíces la religion: la religion era el arma, el instrumento de la lucha: la religion era la fuente de las mas altas hazañas. Así en nación alguna alcanzaron mas prestigio las ideas religiosas ni ocuparon tanto la imaginación del vulgo. La historia de los reinos de Castilla y de Leon es una leyenda perpetua: el apóstol Santiago dió la victoria á los fieles en la batalla de Clavijo, hendiendo á millares con su potente espada las cabezas árabes, y apareciendo á la vista del atónito ejército, armado de pies á cabeza, ginete en un ligero caballo blanco: esta es la gran vision que domina todas las visiones, porque si se desciende al análisis comun, no hay ciudad, villa ó aldea que no tenga un santo abogado y protector influente junto al trono de Dios: solo los habitantes del pueblo saben sus asombrosos milagros, y los portentos que su memoria ha producido.—Y si dejando estas tradiciones medio religiosas, medio históricas, se consulta solo la larga serie de hechos grandes, de admirables hazañas, de maravillosos sucesos que las antiguas crónicas relatan, ¡qué inmenso cuadro presenta á la vista del poeta el

aspecto de aquellos siglos en que apenas hace falta la exaltación mística ó la parcialidad nacional para elevar á inverosímiles proporciones las grandes empresas de nuestros padres!

Lo que parece inconcebible es la falta de novelistas y narradores en campo histórico tan estenso: parece imposible que no haya sido la pasión dominante de los ingenios el contar, en un país en que tanto que contar hay: tal vez porque los cuentos están hechos, no ha explotado esta riquísima mina la imaginación.—Sin embargo hay en España un tesoro de narraciones poéticas de sumo interés y gran verdad. La colección de *romanceros* es un monumento de que pueden envanecerse pocos idiomas. Los poemas, salvajes por decirlo así, han salido llenos de enérgica pompa y lozana sencillez de mano de los trovadores: la historia antigua vive y respira en aquellos romances que narran á la par de grandes y verdaderas hazañas, hechos increíbles pero magníficos de tiempos que pasaron. Pero el gran campo de la narración histórica, de esas tradiciones envueltas misteriosamente en las nubes de épocas remotas está aun casi virgen para la poesía: la inspiración moderna no se ha lanzado aun por esos fértiles y floridos senderos, no ha explotado las venas de esa riquísima mina que puede dar oro y perlas en hábiles manos: un joven poeta se ha arrojado con fe á ese campo, y nosotros no podemos menos de aplaudirlo al considerar que hay en su imaginación recursos bastantes para llevar á cabo su empresa.

El Sr. Zorrilla, á quien ciertamente nadie puede negar lozana y florida fantasía, se ha distinguido siempre por las dos cualidades que mas necesarias son para la obra que acomete. Describe bien y narra con facilidad. A pocos es dado prestar interés á los detalles: la pintura de los objetos pequeños cansa sin querer la vista: es fácil ser pesado é insulso al tratar de dar luz y relieve á los mas delga-

dos pliegues de una figura. El Sr. Zorrilla sin embargo, describe con tanto gusto, con tan atinada prolijidad, que los personajes y los lugares se levantan claros y distintos ante nuestros ojos. El poeta borda si es necesario la valona del caballero, cuenta los botones de su justillo, examina despacio el temple de su espada y arregla su cuerpo á la luz de su inspiración: sin embargo el poeta no nos cansa; hay verdad en las descripciones, hay sobre todo un artificio poético que hace olvidar su estension. Este es el gran secreto del que describe. La manera de narrar del Sr. Zorrilla es sumamente variada. Con esa sencillez, con esa naturalidad tan difícil en un cuento largo vá escitando progresivamente el interés de los lectores hasta una conclusión que jamás se precipita. En sus fáciles diálogos se conoce excelente estudio: se comprende que el poeta ha bebido en fuentes puras y sanas, en los grandes modelos que nos ha dejado el siglo XVII. Como muestra de bellísima poesía, no podemos resistir al placer de citar algunas de las octavas que componen la *introducción*.

Venid á mí, yo canto los amores;  
Yo soy el Trovador de los festines;  
Yo ciño el harpa de vistosas flores  
Guirnalda que recojo en mil jardines;  
Yo tengo el tulipán de cien colores  
Que adoran de Stambul en los confines,  
Y el lirio azul incógnito y campestre  
Que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, harpa sonora!  
¡Baja á mi mente inspiración cristiana  
Y enciende en mí la llama creadora,  
Que del aliento del Querúb emana!  
¡Lejos de mí la historia tentadora  
De agena tierra y religión profana!  
Mi voz, mi corazón, mi fantasía  
La gloria cantan de la patria mía.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,  
Grande, opulenta y vencedora un día,





Sembrada de recuerdos y de historias,  
Y hollada asaz por la fortuna impía!—  
Yo cantaré tus olvidadas glorias,  
Que en alas de la ardiente poesía  
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña  
Que á una sonrisa de mi dulce España.

La leyenda primera se intitula: *la princesa Doña Luz*: la accion pasa en los tiempos del rey Egica, y aunque sencilla, ofrece sumo interés y animacion: las descripciones de la cacería de D. Godofredo y del juicio de Dios están hechas con sumo gusto y con novedad aun en escenas tantas veces presentadas en la poesía antigua.

Otro día nos ocuparemos de las leyendas sucesivas y solo sentiremos entonces, como ahora, que los estrechos límites de nuestro periódico no nos permitan mas espacio para analizar tan brillante produccion.

LÚCULO.

## LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Hojas del árbol caídas  
Juguete del viento son....  
Las ilusiones perdidas  
;Ay! son hojas desprendidas  
Del árbol del corazon!..  
Epronceda. — El ESTUDIANTE  
DE SALAMANCA.

Caed, hojas, caed y mi esperanza  
Ya sin verdor llevad;  
Venid, vientos de otoño; sin tardanza  
Su encanto arrebatad.  
¡Oh! de esta vez  
El invierno mas triste llegará,  
Que el corazon perdió el aroma ya  
De la feliz niñez.  
«Caed, hojas, caed.»  
Mis ilusiones ¡ay! amarillentas  
Perdieron el frescor  
Que mostraban del día soñolientas  
Al matinal albor.

Solo el ciprés  
Con hojas queda en medio del jardin,  
Mas nunca hará su nido el colorin  
Allá en su lobreguez.  
«Caed, hojas, caed.»  
De mi laud las últimas canciones  
Marchitas volarán  
Con vuestras esmeraldas y festones  
Que lleva el huracan.  
Con su jaez  
Desnudo de colores y arrebol  
Vestirá del enero el turbio sol  
Su amarga viudez.  
«Caed, hojas, caed»  
¿Quien sabe donde vais, hojas galanas,  
Que orlábais el pensil  
Al murmurar las ráfagas tempranas  
Del céfiro de abril?  
¿Fue vuestra red  
Magnífico palacio á mi ilusion,  
Que de fé henchía el jóven corazon?  
Hojas, me responded,  
Mas no «caed, caed.»  
Y en alas de los vientos del otoño,  
Doradas hojas id:  
Y del sol del abril en el retoño  
Segunda vez lucid:  
Que yo no volveré,  
Mustia yedra que el viento derribó,  
A vestir de un alcazar que se hundió,  
La colosal pared.  
«Caed, hojas, caed.»

Fresca y leve guirnalda de los años,  
¿Que leccion ofreceis á nuestros ojos?  
¿Pasan así del hombre los engaños,  
Pálida flor que morirá entre abrojos?  
¿Son hojas el poder y la grandeza,  
Hojas serán los lauros de la gloria,  
Hojas tambien amores y belleza,  
Y hojas en fin las hojas de la historia?  
Frágiles son los árboles de vida  
Que en el Eden no mecen su follage,  
Y al soplo de la muerte sacudida,  
Pierde su copa el primoroso encaje.  
Los godos ensalzaron á Toledo,  
Y con sus fiestas la encantó Rodrigo...  
Solo la muerte con su helado dedo  
Muestra el alcazar del placer testigo.  
Los árabes danzaban en la Alhambra

Al acordado son de sus leñes,  
Los mágicos compases de la zambra  
De los Abencerrajes y Zegries.

El árbol de su pompa deshojaron  
Los vientos de Aragon y de Castilla,  
Y naufragas sus hojas bacinaron  
Del africano mar junto á la orilla.

¡Oh! si esa mar con levantado vuelo  
Rauda cruzara la encendida mente;  
Si el sol de los desiertos desde el cielo  
Fulminara su luz sobre mi frente;

Debajo el manto de su arena roja  
¡Cuántas hundidas glorias no encontraré!  
¡Cuánta huella gigante en su congoja  
Mi solitaria planta no borrara!

Hojas del árbol de la humana alteza,  
Babilonia, Persépolis, Palmira,  
En polvo vuestra pompa y jentileza  
Con el turbion de los desiertos gira

Las piedras ve rodar del Capitolio  
Roma vuestra señora deshojada,  
Sin que cubra las menguas de su solio  
La púrpura imperial despedazada.

¡Árbol de libertad, corona un día  
De esa Polonia que canté por triste!  
¡Emblema de esperanza y de alegría!  
De tu verdura sin igual ¿que hiciste?

El huracan desnudo te ha dejado,  
Y circundó tu tronco de miseria,  
Tus bellas hojas ¡ay! han alfombrado  
Los páramos incultos de Siberia!

Los bosques que en el Vistula se miran  
Verdes alsoplo del abril se mecen,  
Pero las dulces auras que suspiran  
El árbol que murió no reverdecen.

Roma la prostituta corrompida  
Vió agostarse su flor entre los vicios,  
Y el templo de Persépolis hundida  
Entornó á la virtud los auréos quicios.

Y cayó por cobarde Babilonia  
Con sus murallas, fiestas y pensiles...  
¿Quién arrancó, magnánima Polonia,  
El fragante rosal de tus abriles?

Crímenes y virtud juntos descansan  
En la callada noche de la huesa,  
Y las mortales ráfagas amansan  
Solo al cruzar por su tiniebla espesa.

¡Ay! árbol es la gloria de este mundo  
Que pierde en el otoño su beldad,  
Y un aguillon lo azota furibundo

Que sopla de la obscura eternidad.

Mas si pasan las naciones  
Y los fuertes sin espada  
Van por desiertas regiones,  
Si ha perdido sus blasones  
La virtud desamparada;

¿Que eres tú, esperanza mia,  
Del agosto exalacion,  
A quien por fragil queria  
Y que en mi engaño fingia  
De perpetua duracion?

¿Que eres tú que henchiste el alma  
De zozobras y de encanto,  
De dulcísimo quebranto,  
Cuando te cedi mi calma  
Y me dejastes el llanto?

Era mi amor blando nido  
Colgado de fragil hoja,  
Mas con el viento se ha ido  
La triste, palida y floja,  
Y con ella lo he perdido.

Sombra de la clara fuente,  
Dó los pájaros cantaban,  
Dó yo canté tiernamente  
Cuando las brisas volaban  
Del estio por mi frente;

Tus plantas desnudas hoy,  
Con susurros no acompañan  
Las quejas que al viento doy,  
Y solo zarzas marañan  
El camino por dó voy.

Cuando tornen á su canto  
Las aves en primavera,  
Y el abril tienda su manto  
De flores por la pradera  
Rico en perfumes y encanto;

¿Me volverá á mí las flores  
Virgenes de juventud,  
Y sus dulces ruseñores  
Volverán á mi laud  
El cantar de los amores?

Hojas! de mi gloria el nido  
Con vosotras ha volado  
A los campos del olvido,  
Y solo yo lo he llorado,  
Porque solo lo he querido.

Y pues nunca tornará  
De tan opacas regiones,  
A Dios, célicas visiones,



Que el alma ha perdido ya  
La fé de las ilusiones.

Hojas doradas, últimas, queridas,  
Que mi amor cariñosas amparasteis,  
Que de encanto y placer estremecidas,  
A sus pasadas trovas murmurasteis:

Hojas, que como yo volar le visteis,  
Y que sin mi le seguireis en breve,  
Que entonces mi dolor compadecisteis;  
Veladle ¡ay Dios! con vuestro manto leve.

Veladle y blandamente susurrando;  
«El poeta, decidle, nos envia  
Que en tinieblas sin fin se quedó allá,  
La soledad del corazón cantando:  
Mas canta blanco cisne en la agonía,  
Y su cítara en breve callará.»

ENRIQUE GIL.

Noviembre de 1840.

## A JUDEA.

### MELODIA HEBREA.

[Traducción de Lord Byron.]

#### I.

Aun salta la gacela alegremente  
en los collados de Juda floridos,  
aun bebe en la corriente  
del arroyo del monte y del torrente  
por los sagrados llanos esparcidos;  
aun levanta la frente no domada  
y de rijidas astas coronada,  
y en sus ojos de fuego en la carrera  
brilla la agreste libertad primera.

#### II.

Mas ligera que el pie de la gacela,  
mas bella que sus ojos centellantes  
cuando en la noche vela  
y en el lejano manantial rihela  
la luna entre las aguas murmurantes;

mas alegre que el ciervo en la aspereza  
eras, Judá; mayor fué tu belleza!  
con las ramas del cedro aun te cobijas...  
mas ay! dó fueron tus hermosas hijas!...

#### III.

Los cedros de ese Líbano frondosos,  
y la palma que ondea en la llanura,  
fueron mas venturosos  
que tú, Judá, que en climas nebulosos  
huyes la sangre que vertiste pural  
Tus nativas arenas solitarias  
anhelas con estériles plegarias;  
que allí nace la palma, allí florece,  
y allí tambien en su vejez perece.

#### IV.

Irás, Judea macilenta, y triste,  
y dejarás, sin norte y sin estrella,  
la tierra do naciste,  
y donde por la vez primera viste  
del cervatillo saltador la huella!  
Ya no te queda el misero consuelo  
de morir de tus padres en el suelo...  
cayó tu templo, y acabó tu rito,  
y el trono de Salem huella el delito!

P. DE MADRAZO.

## ALBUM.

TEATROS.—La compañía de ópera ha  
puesto en escena esta semana en el  
del Príncipe *Anna Bolena* cuyo éxito  
ha sido algo menos que regular, ni po-  
día ser otra cosa en una partitura tan  
difícil cuando otras mas fáciles se han  
ejecutado pécimamente.

En el mismo teatro se ha verificado el  
miércoles á beneficio de la actriz doña  
Teodora Lamadrid el drama nuevo en tres  
actos traducido del francés titulado *Un  
secreto de familia*; y la pieza nueva en  
un acto con el título de *Una Aventura  
de Carlos II.*

Ambas piezas gustaron, en particular la primera cuyo argumento interesa al espectador. El conde de San Esteban se ha casado con una joven inocente á quien ama con pasión; pocos momentos despues de recibir la bendición nupcial, descubre que esta joven es hermana suya y sin atreverse á confesarlo á ella, observa tan estraña conducta que dá que sospechar á su esposa que lo adora y á una tia solterona de bastante edad que atribuye la aparente frialdad del conde á alguna pasión secreta. Un tio de Malvina, así se llama la joven, que viene de América complica la situación en que todos los personajes se hallan, hasta que una carta que con otro motivo lee este tio, revela el secreto sobre que está fundado el argumento: Malvina no es hermana del conde; ha sido una calumnia imputada á su madre y los dos jóvenes pueden gozar de su amor sin recelo y sin crimen. Tal es en extracto el cuadro que nos presenta la autora pintado con tan vivos colores y conducido hasta el fin con tal naturalidad que el público no puede menos que mezclar sus lágrimas con las que derraman los jóvenes al estrecharse como esposos. Es inútil decir que la comedia fué aplaudida ni hay necesidad de elogiar la ejecución sabiendo que ha estado á cargo de la beneficiada, la señora Llorente, los hermanos Romea, Guzman y Sobrado.

La segunda pieza es un fin de fiesta que hace reir y entretiene.

LICEO.—La sesión del jueves último no ofreció cosa notable, tocábase á la sección de música que desempeñó su cometido con tan buen éxito como siempre, la reunion aunque menos numerosa, no fué por eso menos brillante.

El célebre artista D. Antonio Esquivel se halla en esta capital completamente restablecido de la enfermedad que le privó por algunos meses de la vista, y agradecido á lo que hizo el Liceo en su favor en aquella fatal época ha pin-

tado un cuadro para regalarlo á la sociedad, que representa la caída de Luzbel, obra apreciableísima segun la opinión de los inteligentes á cuyo analisis dedicaremos algun artículo de nuestro periódico, en uno de los próximos números.

PUBLICACIONES ESTRANGERAS.—Hemos recibido de Paris el prospecto de una traduccion de la JERUSALEN del Tasso, ilustrada con 150 grabados y 20 láminas aparte del testo; la obra constará de 42 entregas. Tambien tenemos á la vista otro prospecto de las MEMORIAS DE SANTA ELENA que contendrán 500 grabados distribuidos en 116 entregas; ambas obras llaman la atencion mas que por la materia, por el lujo y riqueza tipográfica.

La prensa francesa tan abundante en producciones, ofrece sin embargo pocas que merezcan un analisis profundo; la literatura es en Francia mas productiva que entre nosotros, pero por la misma razon los autores escriben con menos conciencia. Cada semana se representan en los distintos teatros de Paris seis ó siete piezas nuevas que si se reprodujesen aqui no habria espectador que aguardase la conclusion de un solo acto; lo mismo sucede con las novelas; son muchas las que se publican, poquísimas las que valen algo, y eso que salen algunas bajo el amparo de nombres muy conocidos y justamente apreciados. Alejandro Dumas ha dado últimamente sus *Nouvelles impressions de voyage* tres tomos de una lectura amena sembrados de citas y anécdotas históricas que le dan bastante interés. Esto y una obra de Balzac titulada *le Curé de Village* es lo único notable de amena literatura que ha salido á luz en Paris en la primera quincena de marzo. Acaso nos ocuparemos otro dia de algunas de las obras publicadas anteriormente que no son aun conocidas en España.

DIRECTOR Y EDITOR,  
FRANCISCO DE P. MELLADO.